

**FRANS MASEREEL**

# **LA IDEA**

**Prólogo de Hermann Hesse**



**EDITORIAL IRALKA**

c/ Agerre nº 4- 1º 20 301

**IRUN**

*La passion d'un homme*, así rezaba el título de la primera serie de xilografías de Frans Masereel que vino a parar ante mis ojos hace años; desde entonces le cuento entre los compañeros en este mundo a los que honrar y querer, miembro de una hermandad íntima aunque jamás le haya visto en persona, y aunque por maneras y procedencia no me sea precisamente próximo sino más bien antípoda.

"Pasión del ser humano": eso podría figurar como título ante toda la obra de este soberbio artista, fanático, pueril y refinado; lo que es tanto como decir que Masereel se sitúa desde el principio en el centro de todo arte. Pues el calvario del ser humano, la pasión de llegar a serlo, el dolor de hallarse en camino, uno tan difícil, en que alzarse y caer amargamente, una y mil veces, esa historia de pasión es el único y eterno contenido de todo arte.

Este artista verdaderamente moderno, auténtico habitante de las metrópolis, este niño ávido de novedades, de entusiasmo fácil, hambriento siempre y siempre receptivo, que tan a menudo anda enredando en fábricas y autos, volantes y conducciones, rascacielos y trajín de grandes avenidas, que cien y mil veces ha sabido representar en formas tan de su tiempo el rostro deforme del especulador, tosco del policía, simple de la puta o malvado del explotador, este Masereel siempre se ocupa en el fondo de lo mismo, de algo intemporal, eterno: de una historia eternamente igual, eternamente apasionada, eternamente inspiradora, la del ser humano. La de cómo de ese animal bípedo, listo, malo, peligroso y cobarde puede surgir aquel otro ser humano que tienen en mente las religiones y las grandes culturas, el de los ideales, el que sirve a Dios, el del amor, la autosuperación y la bondad: esa historia ancestral, seria y

jubilosa, sagrada, de la que tratan las biblias de todo pueblo y todo tiempo, ese Belén, Jerusalén y Gólgota del ser empeñado en ser humano, en trance de serlo, es una y otra vez el contenido del arte de Masereel. Que no habla de Moisés ni de los reyes, de profetas ni de tierra santa: habla de sí mismo y de nosotros sus hermanos, habla del ser humano de nuestra época tal y como busca su camino en medio de sus ciudades, sus máquinas, sus ejércitos y cuarteles, sus fábricas y prisiones, con la nostalgia de Dios en el corazón, de ése ser humano a quien el mundo tan pronto azuza y encadena con la gracia de sus encantos como le decepciona y ultraja en lo más hondo, de ése enredado en cien peleas, héroe y bufón de un eterno ideal. Ese es el ser humano que Masereel ha representado cien veces, y siempre es él mismo. A veces le ha dejado morir, le ha puesto en el paredón ante fusiles de soldados a los que ha hecho disparar, a menudo ha

parecido derrumbarse en la lucha sin esperanza con ese mundo tan poderoso, con sus cuarteles, sus jueces, sus hombres de empresa y de prensa, sus tiburones, especuladores y vividores. Pero una y otra vez vuelve a alzarse, vuelve a empezar su camino hermoso y duro, vuelve a desplomarse de los cielos con las alas quebradas para alzarse de nuevo en la hora de la inspiración y huir por la ventana de la oscura habitación de los cotidiano. Y quien vive todas esas luchas -¡eso es lo maravilloso! todas esas pasiones, extravíos y tormentos, no es un predicador ni un profeta airado, ni un juez acusador, ni un satírico malévol, sino un amante. Incluso" sus fábricas, sus tugurios, sus cuartos de burdel y sus salas de justicia, en los rostros descompuestos de sus egoístas, hay algo de lo que le embriaga y fascina a él y da alas a su vuelo arrebatador, algo de ese algo lejano, divino, que el alma intuye, que el pecho

ansía, que él reverencia en el sol y en la mar, la bestia y la flor, en los cuerpos hermosos y los hermosos gestos de piedad y en ellos vuelve a buscar una y otra vez, algo que se trasluce de ese algo divino. En muchas de sus láminas en que el héroe cae en manos del filisteo y se ve lapidado por la plebe, o atropellado hasta la muerte por la fría máquina de la justicia del Estado, los representantes de la cruda violencia tienen rostros malvados, rabiosos, toscos, bestiales, es cierto, pero sus muecas delatan un tormento interminable; también ellos siguen un camino áspero, un calvario, malvados, violentos, hermanos descarriados que quieren matar en sí mismos como en el héroe perseguido lo vivo y lo eterno. También esos seres humanos violentos y toscos están de camino por uno difícil, fatigoso, extraviados, atormentados por pesadillas, cometiendo, crispados, yerros y necedades. También ellos sufren, también son seres humanos,

hermanos. Por más que la rapidez de su técnica de la madera parezca esquematizarlos, el artista persigue con todo su amor la expresión característica, el gesto que define, también en sus malhechores y pícaros, estudia la chistera del dandy, las muecas del policía mandón o los pliegues del pantalón del industrial con el mismo amor, la misma entrega, curiosidad y ardiente frenesí artísticos con que estudia los brillos de un cuerpo desnudo o la sonrisa de un niño.

En la serie de xilografías "La Idea" Masereel ha dado con uno de sus símbolos más arrebatadores. Ahí está ese tipo adorable sentado ante la mesa, devanándose los sesos, cavilando, concentrado, esperando la chispa. Y la chispa llega y prende, de la cabeza del artista salta clara y ligera la idea, una pequeña y graciosa figura de muchacha, una pequeña ondina desnuda y resplandeciente a la que saluda embelesado y

agradecido, que estrecha contra su corazón, que adora y besa henchido de amor. Pero ya ronda la hora sagrada, la idea ha de partir al mundo, a los demás. Triste se despide de ella, preocupado la ve adentrarse en su camino. Ya no le pertenece, su querida pequeña ha volado y va al encuentro del mundo, de su misión. Es recibida con curiosidad, con alegría, entre un gentío dispuesto a echarle mano, explotarla, sacarle pasta. Rápidamente meten a la linda muchacha desnuda en trajes a la medida de todos y de ninguno, triste ella los lleva por las calles, furiosa salta fuera, a holgar y danzar radiante y desnuda por el mundo, contemplada con la boca abierta por el pueblo, con recelo por el filisteo, denunciada por la moral, detenida por la policía, presa, vestida de nuevo. Vuelve a encontrar a su padre .y héroe que la acoge dichoso, que a su vez es perseguido, encarcelado y llevado a la muerte; pero ella está a su lado en todo momento, de sus penas

hace alegrías, y cuando debe morir fusilado se planta entre él y la muerte, aunque aun así ha de verle morir y ayudar a enterrarlo. De nuevo corre por el mundo la pequeña hada adorable, embelesa y horroriza a los hombres, codiciada y perseguida huye a una imprenta, se multiplica, centuplicada vuela de nuevo, va a parar a mil manos, ante mil ojos, suscita amor y desprecio, homenaje e irritación, ¡cómo se alza jubilosa y ligera de la página en que la prensa la abandona a su suerte!, y otra vez es perseguida, quemada, pero mientras los incendiarios se regodean con la vista clavada en las cenizas ella se alza por los aires a lo alto, gana los alambres, el teléfono, el ferrocarril, el telégrafo, las fotografías y el cine, como un duende reflexivo y travieso juega con el entero aparato de nuestros complicados mecanismos, todo lo pone en agitación, todo lo enreda, esparce semillas de inquietud, de vida, de amor, de insurrección, y al cabo, tras mil y una

aventuras, le encuentra de nuevo a él, su padre y amado. Que sentado acaba de alumbrar una nueva, una hermosa idea; pero ¿no le habían acribillado, y enterrado? No, hace mucho que vive otra vez, desde entonces quizás haya muerto alguna muerte, recorrido algún Getsemaní. Vuela hacia él y entristecida le ve encandilado por la nueva idea, enamorado de la nueva hermana; pero tampoco ella puede permanecer a su lado, también ha de partir y recorrer su calvario. Así se cierra el círculo, atrás queda, solitario, el creador.

Desearía que esa idea, esa pequeña y radiante hechicera enamorara a muchos y les colmara de nostalgia de su patria, la patria de todos nosotros. Es una chispa de más allá, una delicada llamada del mundo superior, una delicada advertencia de nuestro fin y nuestra tarea, del camino de llegar a ser humano que se extiende ante nosotros. No nos vamos a reír de ella, no

vamos a perseguir a esa hermosa muchacha que viene del extranjero, no vamos a perseguirla ni quemarla, ni arrastrarla, ni prostituirla. Es nuestra hermanita querida, un saludo enviado desde nuestra lejana patria.

El hombre que ha compuesto esta maravillosa historia en imágenes, y muchas otras, es belga, y durante la guerra apareció un buen día por Suiza, no para gritar clamando venganza para su patria, sino para declarar la guerra a la guerra misma. Día tras día aparecieron xilografías de Masereel contra la guerra, cada día una lámina nueva, alegría y consuelo de una pequeña hueste de correligionarios. Todos estábamos muy ocupados en aquel entonces, teníamos que disparar o vigilar prisioneros o vendar heridas o hallar nuevos sucedáneos sintéticos. Pero cuando evoco aquella época pasada y fantástica Masereel me parece el único que hizo entonces día a día algo

razonable, bueno y de agradecer. Por eso quisiera testimoniarle en esta ocasión tardía mi agradecimiento.

Hermann Hesse